

Iluminar tu Oscuridad

Agustina Franceschini



Capítulo 1

Iluminar tu
Oscuridad

AGUSTINA FRANCESCHINI

Capítulo 2

—¿Quién eres tú?

Él chico que hace cinco segundos atrás estaba plácidamente dormido en su cama, me estaba mirando fijamente con sus ojos verdes. Aunque tenía manchas oscuras alrededor de sus parpados inferiores, causadas por el extremo cansancio, y su pálido rostro que estaba repleto por cortes..., me sentía feliz por él. Esta tarde cuando llegué, me enteré que él había recobrado el sentido hace un par de días, luego de haber estado una semana completa en cuidados intensivos del hospital American Health.

—Soy tu ángel guardián...

—¿Qué? —Me mira aturdido.

—Solo estaba bromeando —digo riéndome. Veo que el chico sonrío a mi respuesta, así que me acerco para poder sentarme en la silla que está junto a su cama—. Mi nombre es Davina Pierce, y en mis días libres trabajo como voluntaria aquí en el hospital

Se queda en silencio por un momento. Pero luego fija sus ojos en los míos, y sonrío una forma tan traviesa, que hace que recordara a una persona que había conocido hace mucho tiempo atrás.

—Bueno, entonces me alegro que te hayan dado descanso en el paraíso.

Sonrío con timidez.

—Me llamo Elijah Thompson —dice él, mirándome a los ojos—. Bueno, eso es lo que dicen.

—¿Por qué dices eso? —pregunto.

Suspira profundamente.

—Davina, tengo amnesia.

—¿Qué sucedió? —pregunto.

—Cuando desperté hace tres días... —comienza a decir—, me contaron que sufrí un pequeño accidente en mi casa. Estaba ayudando a mi padre a limpiar el canalón del tejado, y como comenzó a llover perdí el

equilibrio y me caí —añade desanimadamente—. Parece que me di un golpe muy fuerte en la cabeza.

—Lo siento, Elijah —Siento una presión en el pecho. Odiaba ver a la gente sufrir—. Es mejor que te deje solo para que puedas descansar.

Agarra mi mano que estaba sobre la cama.

—No, por favor. ¿Podrías contarme alguna historia para que me pueda distraer? —ruega—. Ya no soporto estar aquí acostado.

—¿Contarte una historia como a los niños pequeños? —Él asiente y sonrío—. Está bien. Pero debo advertirte que no es un cuento de hadas.

—Estoy de suerte entonces, porque los detesto.

Respiro hondo y por fin comienzo a relatarle la historia:

—Todo comenzó en la última hora de clases del Baltimore High School. Donde la profesora de literatura, la señora Bella Williams, llegó a su aula favorita cargando en su hombro el colorido bolso que tanto la caracterizaba, y usando esas gafas de sol al estilo hippie, que a Bethany Hall le parecían simpatiquísimas. Ella se puso en frente del grupo de alumnos y habló:

»—Chicos, me imagino que se deben estar sintiendo tan emocionados.

La miraron desconcertados.

»—¿Emocionado porque se acerca el verano y podrás espiarte cuando te bronceas desnuda en el jardín de tu casa? —dijo descaradamente uno de sus compañeros que estaba sentado en el fondo del salón de clases—. Claro que lo estoy.

Todo el mundo comenzó a reír a carcajadas por lo que el chico había dicho. La profesora lo buscó con la mirada y lo fulminó.

»—¡Murray, compórtate! —exclamó.

»—¿Por qué deberíamos sentirnos así, profesora?

»—Chicos, solo les quedan sesenta días como alumnos de escuela secundaria —comenzó a decir la profesora Williams, mientras miraba a cada uno de ellos con lágrimas en los ojos—. Y él años que viene van a

comenzar una etapa diferente y llena de responsabilidades.

»—¡Ahhhhh! —dijeron al unísono.

Bethany aún no podía creer que pronto se terminarían las clases. En muy pocos meses, ella tendría que despedirse por un largo tiempo de todos sus familiares y de los pocos amigos que había hecho en la escuela. Y aunque no quisiera, tendría que guardar todas sus pertenencias en las cajas que su padre le había conseguido el fin de semana pasado. Porque ni bien recibiera el diploma en la ceremonia de graduación, ella tendría que salir corriendo hacia su casa para sacarse la toga y el birrete, y así tomarse un avión a Chapel Hill, Carolina del Norte, donde el año entrante estudiaría leyes.

»—Ay, yo no lo estoy —dijo Andrea—. Los extrañaré demasiado.

Escuché otra voz a lo lejos.

»—Ya no tendré a quien copiarles las tareas.

»—Creo que todos los que estamos aquí nos vamos a echar de menos —dijo Alexander, con una sonrisa en su rostro—. Y los recuerdos de los momentos vividos los llevaremos en el corazón.

»—Qué grupo tan hermoso y unido.

Hubo un breve momento de silencio pero inmediatamente concluyó cuando alguien habló:

»—¿Están hablando en serio?

»—Sí, Sullivan —La señora Williams levantó la mirada hacia donde estaba su compañero, porque sabía que se aproximaba una tormenta—. ¿Por qué?

El muchacho que estaba sentando a unos cinco asientos de distancia de Bethany, era el famosísimo Keith Sullivan. Él era el chico malo de la ciudad.

Keith se había ganado esa fama hace muchos años atrás, cuando el decidió no obedecer el toque de queda que sus millonarios padres le habían puesto. Tal vez suene demasiado tonto, pero en esa época era toda una hazaña para él, y más cuando comenzó percibir que los demás niños lo admiraban por su mala conducta. Claro que con el paso del tiempo eso fue de mal en peor, porque ahora no solo no obedecía las ordenes que sus mayores le daban, si no que su vida era un descontrol total. Cambió las travesuras inmaduras de un niño por alcohol, drogas, mujeres y peleas sangrientas. Y no nos olvidemos de su enferma obsesión

con derrochar el dinero, que su padre y madre obtuvieron por haber trabajado la vida entera.

La miró con burla.

»—*Ellos le están mintiendo, señora profesora —contestó Keith Sullivan con dureza en su voz—. Aquí nadie se soporta.*

Bethany Hall lo miró sin poder creer que las palabras que estaba escuchando venían de su boca. Pero él estaba en lo cierto.

»—*No creo en lo que dices.*

Samanta Trainor, su prima, se levantó de su asiento para ir hacia donde estaba él.

»—*Keith... es suficiente*

»—*Vete a la mierda, Samanta.*

»—*¿Estas borracho? —Ella preguntó horrorizada. Bethany pensó que ella era una hipócrita por mirarlo así, ella también era una persona que consumía las mismas cosas que él. Ambos le daban pena.*

Sí, él se encontraba con altos niveles de alcohol circulando por sus venas.

»—*Sí. Pero como mi difunta abuela decía: los niños y los borrachos siempre dicen la verdad.*

»—*Señor, Sullivan, por favor retírese de la clase —rogó.*

»—*Somos un grupo de veintiséis alumnos que solo buscamos lo que más nos conviene —Keith no quería escuchar lo que los demás le estaban diciendo.*

»—*¿A qué se refiere? —preguntó ella.*

»—*Me refiero a que queremos sacar provecho de todo.*

Keith se echó a reír.

»—*¿Por qué cree que West y Jordan son mis amigos? —Se levantó del asiento y apuntó con un dedo a sus mejores amigos—. Ellos tienen tanto dinero como yo... pero tienen rostros espantosos, así que necesitan de mí para que les ayude a conseguir chicas.*

»—Dios mío.

»—¿Piensa que ella solo me persigue a todas partes para acostarse conmigo? —Miró a un costado y apuntó a Mara Waters, quien estaba escogiendo unas bolsitas con pastillas dentro de su mochila plateada—. No, ella quiere que le regale un poco de la hierba que fumo.

La profesora estaba espantada con las cosas que estaba escuchando.

»—Sullivan, creo que tendré que llamar a tus padres.

Le mostró el dedo del medio y luego le lanzó un beso.

»—Todos sabemos muy bien que somos personas horrendas —En su voz se notaba una mezcla dolor y rencor—, y que iremos al infierno por ello.

Bethany lo miró con el ceño fruncido.

En todos esos agridulces años de escuela, Beth tuvo que padecer los rumores que le adjudicaban por ser diferente al resto del instituto. Y también, tuvo que escuchar y soportar los apodosos despectivos que sus compañeros le ponían. Pero ella nunca les había dado importancia o discutido con ellos por ese tema, porque se conocía perfectamente y sabía que todas esas tonterías no eran reales.

Pero había una sola cosa que no permitiría que dijeran sobre ella.

»—Yo no lo soy... —Todo el mundo se le quedó mirando y ella se avergonzó un poco de la forma que lo estaban haciendo—. No soy mala persona.

Keith se dio vuelta para verla y le dijo con desdén:

»—Es porque eres la virgen María.

»—Chicos, será mejor que se retiren y vayan a sus hogares —dijo—. Nos vemos mañana.

Al otro día Bethany tuvo un día muy tranquilo en la escuela, porque muchos de sus profesores no tuvieron muchas ganas de dar clases, ya que extrañamente había sido una tarde de mucho calor. Pero toda esa paz que ella había sentido desapareció cuando apareció su profesora de

literatura.

Señora Williams entró al salón con una amplia sonrisa.

» —*Buenas, tardes chicos. Tengo una buena noticia para ustedes.*

»—*¿No tendremos clases con usted?*

Asintió.

»—*Exacto. Tengo que ir al hospital a hacerme un estudio, porque creo que estoy embarazada.*

»—*Mierda —dijo Murray—. Dígame que no es mío.*

Ella solo lo miró pero no le dijo nada.

»—*Pero antes de que se vayan tengo que comentarles una idea que tuve. Como ustedes saben, ayer pasamos un momento muy incómodo, y creo que ustedes deberían llevarse los mejores recuerdos de sus compañeros y de su paso por la secundaria. Así que se me ocurrió algo para que eso suceda —Miró a sus alumnos—. No será un trabajo de literatura, sino que de sociabilización.*

»—*¿En qué consiste el trabajo? —preguntó una de las chicas.*

La señora Williams contestó la pregunta de su alumna:

»—*Mi idea es que en estos meses compartan mucho tiempo con sus compañeros, fuera de lo que es el ámbito escolar. Por eso, dividiré el salón en trece grupos de dos personas, los cuales tendrán que aprender a llevarse bien, a participar en las actividades del otro, acompañarse en las tardes de aburrimiento, y lo que más me interesa es que hablen mucho.*

Todos los chicos se veían aturdidos. No les había gustado la idea de pasar mucho tiempo con los compañeros que no soportaban.

»—*¿Es broma?*

»—*No. Y tendrán que hacerlo porque será la nota final de la materia —dijo, mientras esbozaba una sonrisa de satisfacción—. Bueno, voy a comenzar a designar los grupos.*

Algunos bufaron pero como sabían que ella estaba hablando muy en serio no objetaron.

Con mucha tranquilidad comenzó a anunciar los integrantes de los grupos.

»—*Sullivan y... Hall.*

La primera semana...

Solo habían pasado unos escasos siete días desde que la señora Williams había comunicado a sus alumnos sobre su loca idea de unificación. Beth y Keith no estaban de acuerdo con tener que pasar mucho tiempo los dos juntos, y menos tener que establecer una relación de compañerismo para lograr conocerse mejor. Así que en la semana solamente se reunieron tres veces, porque siempre terminaban discutiendo por sus diferentes puntos de vistas de las cosas.

El vienes de esa semana, Beth llamó por teléfono a su compañero para que la acompañara a llevar unas cajas llenas de ropa a la iglesia de su barrio. Él se negó rotundamente, entonces ella tuvo que amenazarlo con contárselo a la profesora.

»—*¿Por qué me miras de esa forma? —Beth preguntó.*

»—*Es que no puedo creer que tu padre sea millonario y tú te vistas como una...*

»—*¿Cómo una qué?*

»—*Como una indigente.*

»—*Eres un imbécil.*

»—*iGuau! —exclamó Keith— La virgen María dice groserías.*

»—*Lo siento —dijo ella arrepentida—. Mi padre tiene dinero pero no me interesa ostentarlo, prefiero usar un estilo más sencillo de vestimenta.*

Él puso los ojos en blanco.

»—*Y no me ofende para nada como me llamaste, porque las personas humildes hacen hasta lo imposible para poder sobrevivir. Recuerda que ellos no tuvieron tu suerte...*

Keith la miró como si no le importara lo que ella estaba

diciéndole.

»—Me aburro.

La segunda semana...

Las cosas habían comenzado lentamente a mejorar entre los chicos, porque Beth una tarde se puso a pensar cuál sería la mejor manera de poder sobrellevar este momento, ya que las notas finales de esa materia dependían de ese proyecto. Así que ella decidió en hacer todo lo posible en no aconsejar más a Keith, y dejar de opinar sobre sus malas acciones.

Un sábado a la noche Keith se vengó de una manera, que a Beth le pareció tan ruin, incluso para él. Había llamado al padre de Beth, que increíblemente era amigo del suyo para que permitiera que su hija fuera a una discoteca con él. Keith se sorprendió mucho al escuchar decir al señor Hall que no tenía problema, sino que era ella quien no quería frecuentar ese tipo lugares en particular.

»—Tu padre es genial.

Beth asintió.

»—¿Era necesario que me trajeras aquí? —preguntó ella, sintiéndose muy incómoda.

»—Sí, porque todos los sábados por la noche vengo aquí —Sonrió maliciosamente.

»—¿Qué se supone que deba hacer?

»—¿Bailar? —gritó Keith por el alto volumen de la música—
¿Divertirte?

Ella rodó los ojos, negando con un sutil movimiento de cabeza.

»—¿Quieres beber?

»—No, gracias.

»—¿Por qué? —preguntó.

»—Porque no me gusta el alcohol y porque sé que tendré que

Llevarte a tu casa.

Keith sonrió.

»—Ya me conoces.

La tercer semana...

Había sido una semana extremadamente atareada para Beth, porque habían tenido exámenes casi todo los días. Pero realmente, esa no era la razón por la cual ella no se había reunido con Keith. Lo que sucedió es que uno de esos días, él le había pedido por mensaje de texto que fuera hasta su casa a ayudarlo con unos ejercicios de matemáticas que eran para el día siguiente. Ella dejó de hacer los quehaceres de la casa y fue. Pero cuando llegó se llevó una gran sorpresa, Keith estaba teniendo relaciones sexuales con una chica que trabaja en la cafetería del instituto. Beth salió corriendo de allí y muy enojada.

Muchos días después sin hablar con él, Keith fue a su casa a disculpase por lo que ella había visto. Pero que no había razón por haberse sorprendido así, ya que ella sabe cómo era. Y como Keith tenía razón, ella no tuvo otra opción que disculparlo.

»—Odio a los chicos que piensan que pueden conseguir a cualquier chica. Creen que solo somos objetos, y no lo somos —dijo ella, mientras ambos miraban una película en el living de su casa.

»—Yo puedo tener a cualquier chica —dijo él con la vista aún pegada a la televisión.

»—A mí no —dijo ella riendo.

La miró con desaire.

»—Tampoco quisiera tenerte a ti.

»—Lo sé —Ella bajó la mirada.

»—No quise decirte eso —Keith notó que no le había caído nada bien lo que acababa de decirle

»—No importa.

La cuarta semana...

Aunque era casi imposible de creer, Beth y Keith se estaban convirtiendo en amigos muy cercanos. Algunas personas pensaban que sería la salvación de él, pero otros decían que sería la ruina de ella. A pesar de eso, a los chicos ya no les importaba lo que los demás salían a inventar o especular. Cada vez que Beth oía que hablan de Keith sobre el tema de la drogas, ella no lo justificaba pero lo defendía, diciendo que el saldría de eso y cambiaría. Y cuando Keith escuchaba que hablan de ella por ser una chica tranquila, bueno... armaba peleas donde todos terminaban con ojos morados.

»—Estoy sola.

Keith hizo una mueca.

»—¿Qué? —Lanzó un suspiro—Idiota, aunque no te hable sigo estando aquí contigo.

Ella negó.

»—Me siento sola.

—Oh.

»—Desde que mamá murió papá se refugió en su trabajo y... —Se le entrecortó la voz.

»—Y tú te dedicaste a seguir los pasos de tu madre —Beth asintió.

Keith caminó hasta donde ella estaba y se sentó a su lado.

»—Me pasa algo parecido. Para mis padres nunca hubo o habrá algo más importante que sus negocios.

»—Así que te convertiste en el chico malo para llamar su atención —Beth lo miró fijamente y el no dijo nada.

Días después...

Los chicos eran oficialmente amigos.

»—Deja de hacer eso en mi casa —dijo Beth histérica,

arrebatándole el cigarro de marihuana. Lo pisó para que se apagara.

»—¿Por qué?

»—Porque estoy en contra de las drogas.

»—Es solo un poco de hierba que ayuda a relajarte —dijo Keith.

Ella frunció el ceño.

»—No quiero perder mis neuronas, las aprecio demasiado.

Él se largó a reír a carcajadas.

»—Me caes bien —murmuró Keith entre risas.

»—Tu deberías seguir mi ejemplo, si no quieres terminar como Kurt Cobain.

»—Ya tengo la escopeta escondida bajo mi cama.

Beth lo miró horrorizada.

»—Solo bromeo.

La quinta semana...

Habían pasado solo cinco semanas. Los chicos increíblemente se conocían como si hubiesen sido amigos de toda la vida. Pero lo que para ellos era mucho más importante, era que habían aprendido a respetarse sus estilos de vidas y a apreciarse. Aunque Beth continuaba pensando que su amigo no terminaría bien, si seguía viviendo de esa forma. Ella no sería capaz de soportar si algo malo le sucediera, porque lo quería con todo su corazón.

Era un sábado por la noche que Keith había decidido no ir a la discoteca, que siempre concurría para poder pasar más tiempo con su amiga. Así que llamó al señor Hall para invitarlos a cenar su casa, y para preguntarle una cosa en especial.

»—No entiendo como mi padre piensa que eres buena influencia.

»—No lo sé, pero me alegro haberlo convencido que quedaras a dormir aquí.

»—El piensa que estamos saliendo —dijo Beth riéndose.

Keith recorrió su cuerpo con la mirada y se acercó lentamente a ella.

»—Aléjate de mí —exigió.

»—¿Por qué? —La devoró con la mirada—. Eres hermosa y yo también. Me gustaría besarte.

»—Tu egocentrismo me da nauseas.

»—Más que besarte quisiera que estuvieras en mi cama —dijo el sin darle importancia a lo que ella le había dicho—. Realmente odio tu anillo de castidad.

Ella se largó a reír a carcajadas.

»—Yo quiero que vayas a la iglesia a rezar... pero sé que eso nunca ocurrirá.

La sexta semana...

No fue una buena semana para Keith. El lunes por la mañana había tenido una pelea fuertísima con sus amigos en el instituto, porque ellos se burlaban de Beth, diciendo que ella era mojigata. Y eso lo enfureció demasiado, él la conocía perfectamente y sabía que ella no era nada de eso que siempre decían. Ella era un ángel para él.

—Botella de vodka vacía..., jeringas y profilácticos —dijo Beth enojada—. ¿Una buena noche?

—No me siento muy bien —dijo Keith— ¿Podríamos quedarnos aquí?

—Creo que deberías darte un baño. Yo te controlaré desde la puerta, porque no quiero que te mueras ahogado.

—Que dulce.

Media hora después...

—¿Cómo te sientes ahora? —preguntó ella, llevándole una taza de té.

—Mucho mejor. Gracias.

La miró con mucho arrepentimiento y culpa.

—Soy un idiota, tendríamos que estar en esa venta de garaje a beneficio de la iglesia.

—No importa. Keith, no te encuentras nada bien —susurró Beth.

—¿Por qué me ayudas siempre? —su mirada se agudizó y se puso serio— ¿Por qué me cuidas?

—Porque me agradas, y porque eres una persona.

—Soy un monstruo.

Beth negó con la cabeza.

—Solo tiene algunos demonios dando vueltas por allí dentro —dijo ella con la voz triste—. Pero todo mejorará.

La séptima semana...

Beth se encontraba muy contenta porque Keith había podido levantarse de la cama, y porque le había prometido que haría todo lo posible por salir adelante. Por fin él tomaría el control de su vida.

El domingo por la mañana, Bethany recibió un llamativo y misterioso mensaje de texto a su teléfono celular, diciendo que cuando terminara de desayunar, asistiera a la iglesia que ella estaba acostumbrada a ir los fines de semanas, porque se llevaría una muy grata sorpresa. Ella sintió mucha curiosidad por saber quién era la persona, que se había tomado la molestia de escribirle tan temprano. Pero tendría que ir hasta allí para saberlo, porque él le mensaje había sido enviado de un número desconocido.

Al llegar a la iglesia vio que Keith estaba ayudando a unas monjas a servir el desayuno a niños huérfanos que vivían allí.

—¿A qué viene este cambio tan repentino? —preguntó Beth con felicidad.

—Quiero ayudar.

—¿Por?

El la miró a los ojos. Pero lo hizo con dulzura.

—Un angelito me dijo que esas buenas personas no tuvieron mi suerte, así que pensé que sería bueno hacer algo por ellos.

—Eso me pone muy feliz.

—Sabes... hace una semana y media que estoy limpio. Y sobrio.

—¿En serio? —Él asintió— Me siento tan contenta por ti.

Beth lo abrazó.

—Lo hice por ti.

—¿Por qué? —Se sorprendió.

—Me gustas. Quiero merecerte... pero sé que si sigo con este ritmo de vida, tú nunca me querrás.

Beth sonrió porque se sintió alagada. Luego lo miró con angustia.

—Eres muy dulce pero yo no puedo estar contigo.

—Lo sé.

La octava semana...

Había pasado una semana entera sin que Keith diera señales de vida. Ni de casualidad se dignaba a aparecer en la escuela, no contestaba las llamadas ni los mensajes, y cuando Beth iba a su casa a preguntar si él se encontraba allí, el ama de llaves se limitaba a decir que no podía dar información de los dueños del hogar. Esa situación hizo sentir a Beth terror y preocupación.

Ella había roto el ya roto corazón de Keith, y sabía que si no actuaba rápido se arrepentiría toda su vida por la idiotez que había cometido.

Así que el sábado a la noche ella se propuso ir en busca de Keith. Y para eso tenía que volver a entrar en ese infierno...

»—Sabía que te encontraría aquí.

»—¿Por qué viniste a la disco? —preguntó el de mala forma.

Le sacó el vaso de whisky que tenía en la mano.

»—Pensé que querías cambiar.

»—Quería ser un mejor hombre para poder estar a tu lado, pero tú me alejaste —Él la miró con mucho dolor—. Así que ya nada importa.

»—No digas eso. Te quiero, Keith.

Keith encendió un cigarro de marihuana. Inhaló todo el humo que pudo y lo mantuvo mucho tiempo en su boca, como si quisiera que se quedara dentro de sus pulmones. Luego exhaló todo ese humo sobre la cara de Beth, haciendo que ella tosiera un poco.

»—Yo te amo —dijo él.

Ella sintió que su corazón se rompía por verlo de esa forma.

—Mi vida no tiene retorno, Beth. Soy un chico malo.

»—No —gritó Beth—. Cuando posas esos hermosos y verdosos ojos en los míos, puedo ver la maravillosa persona que eres. Solo necesitas ayuda para controlar tus demonios.

Keith dejó escapar un suspiro y se dio vuelta para no mirarla más.

»—¿Quieres bailar? —preguntó Murray, que apareció de la nada.

Ella iba a decirle que no pero pensó que tal vez Keith se pondría celoso, y se arrepentiría de su actitud tan destructiva para consigo mismo.

»—¿Eh? —dijo—. Sí.

Murray la arrastró hasta la pista de baile. Y sin darse cuenta, ambos estaban bailando al ritmo de las canciones pegadizas de David Guetta. Las luces de neón hicieron que Beth se mareara, hasta el punto de tener que apoyar sus manos sobre el pecho de su compañero de clases. Aunque ella le dijo que no se estaba sintiendo muy bien, él ciñó sus grandes manos alrededor de sus caderas. Pero no se conformó con eso solo, lentamente fue bajando las manos hasta los glúteos de Beth para

luego empujarla contra él. Ella se alejó bruscamente y muy enfadada.

Bethany se dio para vuelta ver asegurase que Keith no haya visto ese momento tan espantoso. Pero para su mala suerte, él la estaba mirando con furia y decepción. Keith se dio vuelta y comenzó a caminar a toda velocidad hacia la salida de la discoteca.

Ella se olvidó de lo mal que se estaba sintiendo hace un segundo atrás, por la desesperación que sintió al ver que Keith se estaba yendo de allí. Estaba convencida que si lo dejaba solo y en ese estado él haría una tontería. Así que corrió detrás de él para poder alcanzarlo.

Cuando logró salir de allí dentro vio que Keith ya estaba sentado dentro de su camioneta. Ella corrió y se puso en frente de la ventanilla del acompañante.

»—¿A dónde vas? —gritó Beth, golpeado el vidrio—. ¡Abre la puerta!

Ella notó que la puerta estaba desbloqueada, así que la abrió para sentarse junto a él.

»—¿A dónde piensas irte?

»—¿Qué te importa? ¿Por qué te subes?

»—Porque iré contigo.

»—Bájate.

Beth negó con la cabeza y él la miró. Keith entró en la calle y trató de dirigirse al centro de la ciudad.

»—Keith, no puedes conducir así. No quiero que te suceda nada.

Él no la escuchó.

»—Lo siento, Beth. No puedo soportar más vivir así —dijo Keith con lágrimas en los ojos.

»—Está bien, tranquilo —dijo con voz suave.

»—¿Tan malo soy para ti? —preguntó apartando la mirada del camino.

A Beth se le llenaron de lágrimas los ojos.

»—No. Solo me aterras porque me haces sentir viva.

»—Beth, yo te amm...

No pudo terminar de decir lo que su corazón sentía. Keith había perdido el control de su auto por culpa de todo el alcohol que había bebido esa noche. El auto se le había cruzado al otro carril, haciendo que inmediatamente se estrellaran contra un jeep, que venía a una velocidad incalculable. Ambos automóviles fueron lanzados al aire y comenzaron a rodar varias veces. A continuación se produjo un largo silencio, y todo se convirtió oscuridad para Beth y Keith...

—¿Qué te pareció la historia que te acabo de contar?
—pregunto—. Espero que no te hayas aburrido o cansado de escuchar mi voz.

—¿Hablas en serio? —Con dificultad se da vuelta para quedar de costado, y así poder mirarme mejor —. Tienes la voz más dulce que creo haber escuchado en mi vida.

Sonrío.

—Gracias.

—¿De dónde sacaste esa historia?

Elijah espera una respuesta.

—No me acuerdo pero creo que la leí en internet.

—Me gustó mucho —dice él—. Me dio la sensación de que esa historia sucedió de verdad.

—Es solo una historia...

Toma mi mano nuevamente y con la voz angustiada me dice:
—No quisiera llevar una vida como ese chico.

—Lo sé.

—Detrás de esa personalidad tan... repulsiva, se escondía un alma rota.

Me mira.

—Lo más increíble es como ella supo ver quién era realmente él —susurra.

Asiento.

—Estoy segura que Bethany siempre lo supo, y por eso quiso ayudarlo a salir de esa oscuridad que se estaba devorando su vida.

La sensata Bethany era de ese tipo de personas que con solo mirarte a los ojos, podía llegar a conocer el interior de tu alma y comprender el porqué de tus buenas o malas acciones. Por eso, ella sabía que a pesar de los malos hábitos de vida y pésimas decisiones de Keith, él era una muy buena persona. Que solo necesitaba un empujoncito hacia la luz.

—¿Ella solo lo ayudó porque vio algo bueno en Keith? —Su curiosidad estaba aumentando.

—Bethany lo amaba —La comisura de sus labios se curvan y yo añado—. Claro, a su manera... pero lo hacía.

Su mirada se torna un poco seria.

—¿Keith sobrevivió?

—Como ya te dije es solo una historia y termina en el momento del accidente —Fuerzo una sonrisa para que no se diera cuenta de que estaba mintiéndole—. ¿Por qué piensas que sé eso?

—Porque estás aquí sentada a mi lado... tú te has salvado.

Lo miro, paralizada.

—Tengo amnesia pero no soy idiota, Bethany —dice en voz baja, mientras se sienta en la cama para poder inclinarse y estar cerca de mí—. No puedes esconder esas cicatrices que tienes en el rostro —Lleva sus cálidas manos hasta mi rostro para acariciarlo.

Nunca había pensado que iba a permitir que esto sucediera. Pero ninguno de los dos éramos las mismas personas, que solíamos serlo en el paso. Ambos habíamos cambiado.

Él deja de acariciarme pero empieza a mirarme de una forma especial.

Sus ojos irradian luz. Me emociono.

Elijah al ver que un par de lágrimas comienzan a caer sobre mis coloradas mejillas, se acerca para poder secarlas con su pulgar. Inmediatamente lo miro para agradecerle por ese gesto tan dulce y delicado. Pero justo en ese momento, siento que tengo que hacer algo para que los dos pudiéramos estar en paz. Poso mis dos manos suavemente sobre su rostro golpeado, y con mucho temor pego mis labios a los suyos para dale un puro y tierno beso.

Luego hay solo silencio.

Me dedica una triste sonrisa.

—¿Qué ocurre? —pregunto preocupada.

—No debiste hacer eso.

—¿Por qué? —Vuelvo a sentir temor. ¿Qué había hecho mal? ¿No era el momento adecuado para hacerlo?

Él suspira.

—Porque ahora que estuve en el cielo —dice él, bajando la mirada—. Me quiero quedar a vivir allí.

Me deja muda por un momento.

Sin dudar, le doy un beso en la mejilla.

Siento que me estaba ruborizando.

—¿Él sobrevivió? —Elijah repite la pregunta.

—Tu sabes que sí.

Sonríe, me mira aún adormecido por los calmantes que le habían suministrado para los dolores.

—¿Cómo está?

—Él va a estar bien.